PEDRO MUÑOZ SECA

El Pajarito

COMEDIA

en dos actos, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

EL PAJARITO

COMEDIA EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenada en el TEATRO CERVANTES el 17 de Noviembre de 1914


MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1914

A Conrado Gutiérrez Diaz, á quien mucho quiere,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CARMELA	SRA.	TOSCANO.
JOSEFA		LÓPEZ.
ANDREA		SIMÓ.
CARMELILLA	NIÑA	GÁLVEZ.
PAJARITO	SR.	SIMÓ-RASO.
ANDRÉS		HIDALGO.
HORTIGUITA		GUILLOT.
ANTOÑITO		AGUIRRE.
DON RAMÓN		MARCHANTE.
VICTORIANO		PALMA.
CARABINA		MOLINERO.
GÓMEZ		SAPELA.
PEREA		VICO.
JUAN		VICO.
MIGUEL		GUILLOT.
ROMERITO		HIDALGO.
DAMIÁN		ACHÓN.



ACTO PRIMERO

Especie de gañanía de una pobre casa de labor. En el centro puerta que conduce al campo. Esta puerta es recia, fuerte, de dos hojas. En el lateral derecha, primer término, hogar de viva lumbre bajo chimenea de gran campana. Pendiente de los llares un gran caldero, y á un lado, al rescoldo, otro caldero más pequeño. En último término un tosco arcón, sobre él, jarras y platos, y, en la pared, cortando el ángulo que forma este lateral con el fondo, un amplio vasar con utensilios de cocina. En la lateral izquierda dos puertas. Aperos de labor, arados, azadones, capachos, arreos de caballería, bancos y sillas rústicas completan la decoración.

(Al levantarse el telón están en escena el abuelo ANDRÉS, la abuela JOSEFA, CARMELA, ANTOÑITO EL EMBRUJAO, GÓMEZ y PEREA, cabo y número de la Guardia civil.

Es de noche, la última noche del año; una noche de nieves, de vientos, de frío intentísimo. De la campana de la chimenea pende un candil de doble piquera, y su luz amarillenta contrasta con la muy roja del hogar.

Abuelo Andrés y abuela Josefa, dos ancianitos de edad más que madura, están sentados cerca de la lumbre. Carmela, una muchachota como de veinte años, fuerte, brusca, casi arisca, tiende sobre la mesa un blanco mantel, y, Antoñito, un mocetón que tiene cara de bruto y lo es, á Dios gracias, mira embobado cómo los guardias, que se disponen á partir, se enfundan en sus recios capotes.

La acción es en «Las Maroteras», caserío cercano á

Villa-Umbrales, pueblo que se supone en Extremadura, casi en el límite de Portugal. Época actual.)

GÓMEZ No hay que pensarlo más, Perea; vamos andando.

PEREA (Que es andaluz y muy friolero.) Traía yo al más pintao á ver si se echaba al campo con una nochecita como ésta.

ANDRÉS Tengan mucho cuidado; dicen que hay ya más de un metro de nieve.

GÓMEZ En algunos sitios más de dos metros, abuelo.

PEREA Y sin pará de caé, que es lo peó.

JOS. Vaya una despedida que nos hace el año.

PEREA ¡Con las ganas que yo tenía de ver nevá! (Gómez ríe.) Cuando destinaron aquí á la compañía pa perseguí al Pajarito, me dije: á vé si veo nevá, ea, pues ya he visto nevá. ¡Malhaya sea!... ¡me he pegao cada jardaso! Como que no exagero. Tengo las cartucheras incrustás en las costillas, y tengo sabañones hasta en el correaje. (Risas.)

GÓMEZ Bueno, es que están esos caminos que se entierra uno. En Casa Chica la del Cerro, hemos estao esta tarde y no nos hemos matao de milagro.

CARMELA ¿Cómo sigue el señor Cipriano?

GÓMEZ Mal, muchacha.

JOS. Pero, ¿qué tiene?

PEREA Pa mí, que hambre.

GÓMEZ Aquella casa es un cuadro de miserias que hase llorar. Como no les llegue pronto un socorro... dijeron que estaban aguardando á no sé qué pariente de no sé qué pueblo, pero con este temporal de nieve no es posible que acuda nadie.

CARMELA ¡Válgame Dios!

GOMEZ En fin, vamos á ver si tropezamos con el Pajarito.

PEREA Con el Pajarito no sé, pero que tropezamos, ya lo creo.

CARMELA Si se encuentran ustedes con Vitoriano no le vayan á confundir con el Pajarito.

GÓMEZ No temas por tu novio; á los hombres de bien hasta en el modo de andar se les conoce. Ea; de aquí á un rato. Cerrar pronto.

CARMELA (A Antonio.) Hala, tú.

ANT. ¿Yo?

CARMELA ¿También te da miedo abrir la puerta? Vamos, hombre.

GÓMEZ (Saliendo y hablando á través de la bufanda.) ¡Jesús!... ¡Vaya una noche! ¡Hasta luego!

PEREA ¡Malhaya sea!

CARMELA (Cerrando la puerta.) Virgen santa, qué noche.

ANT. (Idem.) ¡Huy, qué miedo!

JOS. ¡Qué frío!

ANT. Desbocaos los elementos como dice mi padre.

JOS. Lo que toca esta noche me parece á mí que tu novio cena en el pueblo.

CARMELA Al instante.

ANDRÉS Pues un disparate hará si viene. Estando el camino como está, y siendo rico, y andando el Pajarito por ahí...

CARMELA Pues viene.

ANDRÉS Allá él, pero yo... no lo digo por alabarme. A mí, una noche como esta...

ANT. En una noche como ésta á mí me dicen que me espera la reina de Francia con un traje bordao y con flores en la cabeza, y se queda en su trono mu sentá, y muy vestía, y jugando á la brisca, porque lo que es yo... ¡guau! ¡Al instante! ¡Con el Pajarito por ahí! ¡Con los lobos que habrán bajao de Sierra Negra!... ¡Y con los espíritus y fantasmas que andarán por esos vericuetos! ¡Jesús, María! Porque el que un lobo le meta á uno mano... ¡es un lobo! Y el que el Pajarito le dé á uno el quién vive... trance es de muerte, pero ¡es un hombre! Pero que al pasar por unos matorrales nevaos saque un espíritu la cabeza y le diga á uno... ¡Aaaa! (Como si lo estuviera viendo.) ¡¡Ay mi madre!!

CARMELA ¡Calla, cobardón! Los espíritus no hablan.

ANT. Pos mi padre lo dice. Y si no ahí tienes al viento, un espíritu es y ya ves si mete ruido. Oyelo... óyelo... (Suena el viento.) ¡Huy, Dios mío!

JOS. ¡Qué noche! Al pobrecito caminante que le haya cogido por esos caminos... (Rezando.) Por los pobres caminantes. Padre nuestro, que estás en los cielos...

ANDRÉS Una cosa buena nos traerá esta noche mala

el vernos libres del gorrón del Hortiguita. Es mucha pensión que no ha de haber en esta casa cena ni jolgorio sin que él saque tajada.

ANT. Hoy no viene; á tres leguas que está su caserío. ¡Qué ha de venir!

CARMELA Sabiendo que hay un guisao de pierna de vaca, ya lo creo que viene, y viniendo, ya encontrará él una palabra pa sentarse á la mesa aunque no le conviden.

ANT. Y que hay que ver lo que come; dice mi padre que si Horteguita hubiera vivido cuando caía del cielo masná...

CARMELA Maná.

ANT. Mi padre dice masná. Maná es otra cosa; maná quiere decir piara.

CARMELA Y tú en ella. (Suena dentro un silbido.) ¡Vitoriano! ¡Calla! (Nuevo silbido.) Sí. (Se dispone á abrir la puerta.) Ya sabía yo que vendría.

ANT. Valiente es de veras.

(Abre Carmela y entra en escena VICTORIANO, muchacho simpático. Bien vestido de campo. Se abriga con una buena manta que al entrar tira en una silla.)

VICT. Buenas noches. Cierra pronto. (Cierra la puerta.)

ANDRÉS ¿Pero, muchacho, con la noche que hace?

VICT. ¡Bah!

JOS. Exponerse á una desgracia...

VICT. (Sacudiendo el sombrero) Por la puerta de la cuadra he querido entrar, pero está cerrada á piedra y lodo.

ANT. Cómo va á estar, andando por ahí el Pajarito; pero haber llamao, hombre.

VICT. ¿Hay alguien en la cuadra?

ANT. Mi padre.

ANDRÉS Mala noche ¿eh?

VICT. Mentira me parece el verme aquí. Cuidado que á mí la nieve no me asusta, estoy hecho á las nieves de Asturias; pero es un viento, y un frío, y una cerrazón la de esta noche, que da miedo aventurarse por esos campos.

JOS. ¿No te has perdido?

VICT. No, señora.

JOS. Porque yo he rezado por ti.

VICT. Porque usted ha rezado por mí y porque yo

venía á favor de querencia. (Acercándose á Carmela.) ¿Estás contenta?

CARMELA Sí.

VICT. ¿Y me esperabas?

CARMELA Sí.

VICT. He podido matarme.

CARMELA Nadie muere hasta que Dios lo dispone.

VICT. ¿De modo que si no hubiera venido?...

CARMELA Hubiera creído que no me querías.

VICT. ¡Carmelilla!

CARMELA Tú eres rico y yo no. Venir á verme en tu buen caballo á las tres de la tarde y con el sol de fuera... puede ser cariño ó puede ser ganas de paseo. Venir á verme esta noche, con los campos nevaos y exponiendo la vida, es cariño na más.

VICT. Pues así te quiero yo.

CARMELA Pues que Dios te lo pague. (Se separa de él y acaba de poner la mesa.)

VICT. (Contemplándola.) (Arisca como siempre, pero no hay otro corazón como el suyo.)

ANDRÉS Siéntate á la lumbre, muchacho; descansa y cuenta qué se habla por el pueblo.

VICT. (Sentándose cerca del hogar.) En el pueblo, abuelo, no se habla más que del Pajarito. Que si ya ha debido cruzar la frontera; que si debe estar aún en el monte; que si un leñador le vió cerca del castillo... ¡qué sé yo!

ANDRÉS Vaya usted á saber.

VICT. Y un poco intranquilos estaban esta noche los ánimos. Parece que muy de mañana salió el señor cura con dirección á Casa Chica la del Cerro, y extrañan que aún no haya regresado al pueblo.

JOS. ¡Dios santo!

CARMELA ¿Es de veras? ¿Y qué creen?

VICT. Algunos piensan que habrá tropezao con el Pajarito, y que el Pajarito habrá hecho con él alguna de las suyas.

JOS. ¡Jesús! Pero con tanta Guardia civil que anda por ahí...

VICT. Otros creen, que como el señor cura, por ser viejo, no anda fuerte de piernas, habrá dao algún mal paso.

CARMELA ¡Quiá! ¡Al instante! Conoce el término palmo á palmo.

ANT. Eso es que se ha encontrao al Pajarito y ha dicho, ¿un cura? ¡Ea! Se acabó el cura. Lo mato, me pongo su sotana, y así disfrazao se la doy con queso á los ceviles. Y lo ha hecho polvo; eso es.

ANDRÉS ¡Calla!

CARMELA La de disparates que ensartas en un momento.

ANT. Disparate ¿eh? Al tiempo. Ya tenemos en el campo un espíritu más que le grite á uno en las noches oscuras. ¡Una gracia!

CARMELA Anda, llama á tu padre, mostrenco.

ANT. ¿Vamos á cenar ya?

CARMELA Claro.

VICT. Hombre, ¿y vamos á cenar sin el gorrón de Hortiguita?

JOS. Lo que toca esta noche, gracias á la nieve, se la pierde.

ANDRÉS Pues, mira, me gustaría que viniese pa no convidarlo; que nos viera cenar y que se jorobara.

CARMELA (A Antoñito.) Pero, ¿qué haces que no llamas?

ANT. ¿Mujer, voy yo á entrar ahí con lo oscuro que está eso...

CARMELA Dale una voz, hombre.

ANT. Una voz, eso es otra cosa. (Asoma la cabeza por la puerta de la izquierda y grita.) ¡Padre!... ¡Padre!... ¡Padre!...

CAR. (Dentro.) ¡Va!

ANT. ¡Ay!

ANDRÉS (Levantándose.) ¡Ea; vamos allá! Y que echa un olorcillo esa cazuela que trasmina. (Se sienta á la mesa.)

JOS. (Haciendo otro tanto.) Y que tú tendrás ganas, Vitoriano.

VICT. El frío y el andar son cosas que la abren, abuela.

JOS. Pues acomódate á tu gusto.

VICT. Muchas gracias. (Se sienta también á la mesa.)

CAR. (Viejo pastor; aparece por la puerta de la izquierda.) Santas y buenas.

TODOS Buenas noches.

VICT. Salud, tío Carabina.

CAR. Hola, buen mozo.

HORT. (Asomando la cabeza por la puerta antes indicada.) ¿Hay posada?

ANDRÉS ¡Hortiguita!

CARMELA (¡Como que iba á faltar!)

HORT. (Entrando.) ¡Salud y república!

ANDRÉS (Con las de Caín.) ¡Hola, hombre!

JOS. (Idem.) ¡Caramba, Hortiguita!...

VICT. ¡Buenas noches, Hortiguita!...

HORT. ¿Soy un amigo ó no soy un amigo? (Este Hortiguita frisa en los cincuenta años y es un fresco. Muy patán, muy campero, pero el Polo.)

CARMELA Pero, Hortiguita, ¿es posible que haya usted venido?

HORT. Anda, y una hora hace que estoy en la cuadra secándome, porque llegué que, diga el tío Carabina, se me podía esprimir. Señores, qué tiempecito. Bueno, conmigo el tiempo se fastidia; peor hubiera estao y hubiera venío. Pa mí la amistad es un sagrao. Yo como aquí las uvas esta noche.

ANDRÉS (¡Es lo único que vas á comer, gorrón!)

HORT. Y que está esto á un temple que da gusto. (Se acerca á la lumbre quedando de espaldas á los demás) (Me parece que tienen pocos ganas de convidarme. Rediéz, y que aquí hay un guisado de una pierna de vaca que quita el sentío.)

ANDRÉS (En voz baja á los demás.) Que nadie le invite ¿eh? No hay que decirle «usted gusta».

JOS. (Idem.) Ni una palabra.

ANT. (¡Eso!)

HORT. ¡Cómo están esos caminos, señor Andrés! Con decirle á usted que esta noche me he caído.

ANDRÉS Ya lo creo que te has caído, hombre. (Risas.)

HORT. (Examinándose.) ¿Se me nota? Le advierto á used que me he destrozao esta pierna. Mire usted qué desollón. (Se remanga un pernil y enseña una pierna.)

VICT. No es fiojo, no.

CARMELA ¡Qué barbaridad! ¿Y no se ha puesto usted nada, hombre de Dios?

HORT. ¿Qué quieres que me ponga?

VICT. Algo que cauterice.

CAR. Un poco de vinagre.

HORT. Muy fuerte es eso.

CARMELA Un poco de vino entonces.

HORT. Blanco tenía que ser; de ese negro yo no me fío.

CARMELA Espere usted, aquí hay Jerez.

HORT. ¡Oh! Eso me sentará muy bien, muchacha.

CARMELA Tome usted (Le da la botella.)

HORT. Tráete un vaso. (Carmela se lo da.)

CARMELA ¿Quiere usted un pañito?

HORT. ¡Pchs! Bueno, siempre es más limpio (Carmela le da un trozo de paño. Hortiguita llena el vaso de vino y se lo bebe tranquilamente, luego se limpia con el paño.) ¡Legítimo!

CARMELA ¡Hombre, vaya un sistema!

HORT. Dentro de media hora tengo el vino en la pierna.

VICT. A lo mejor se va á la pierna buena...

HORT. (Llenando el vaso nuevamente.) Por eso yo me tomo siempre dos vasitos. (Bebe.)

ANDRÉS (¡Valiente sinvergüenza! Pues hoy no cena.)

CARMELA (Quitándole la botella.) Traiga usted, hombre. Es usted más fresco que la nieve.

HORT. No me hables de la nieve. Hombre, usted que lo sabe tó, tío Carabina. ¿Me querrá usted decir qué es la nieve y de dónde sale la nieve?

CAR. (Sentenciosamente.) Muy sencillo: de la mar. Primero va una nube y hace una trompa marina y chupa. Aluego la trompa navega por lo alto y aluego, con los escalofríos del aire, el agua se carcuja, cae y nieva nieve.

ANT. ¡La de cosas que sabe mi padre!

ANDRÉS Escucha, Hortiguita. ¿Y no te ha dao miedo el aventurarte por esos campos sabinedo que anda por ahí el Pajarito?

HORT. (Despectivo.) ¡Mucho se me da á mí el Pajarito!

ANT. Pues anda, que si te lo encuentras...

HORT. Me lo como. (Carmen coloca sobre la mesa el caldero y todos se sirven y comen.)

VICT. Ya hubiera sido algo menos.

HORT. (¡En cuanto se distraigan y me digan que si gusto, ya estoy sentao!)

ANDRÉS Pues es lástimo que no te hayas tropezao con él, hombre; estarías ahora haciendo la digestión. (Risas.)

HORT. En serio lo digo: si me lo encuentro lo cojo, lo llevo al pueblo y me gano los veinte mil reales que tienen ofrecidos. Y cuenta que sé yo muy bien la clase de pájaro que es el

Pajarito. Más de veinte muertes tiene hechas.

CARMELA ¿Es posible?

HORT. Media Andalucía está de luto por su culpa.

ANT. Dicen que es fiero como la propia fiereza

HORT. (¡No me invitan!)

CAR. Y que hace daño na más que por el gusto de hacerlo.

HORT. (Yo les suelto una indirecta.) En un cortijo de Lucena entró cuando la gente estaba comiendo y porque no le dijeron «usted gusta,» no dejó uno vivo.

ANDRÉS (¡Te veo!)

HORT. ¿Eh? Hace falta... Bueno, también los del cortijo... ¡Hay que ver! No decirle á un hombre que está viendo comer: «usted gusta;» es una falta que...

VICT. ¡Ya lo creo!

CARMELA Y más tratándose del Pajarito.

HORT. ¿Cómo? ¿Eh ¿Cómo?

ANDRÉS No, señor.

HORT. ¿Eh?

ANDRES Digo, que alguna exageración habrá en todo eso que se cuenta.

HORT. Quiá; es un hombre que no respeta á nada ni á nadie. (Acercándose á la mesa.) (¿Y yo no voy á probar esa pierna con el hambre que tengo?)...

VICT. ¿Qué tal esa pierna, Hortiguita?

HORT. (Viendo el cielo abierto, sentándose á la mesa y arrimándose al caldero.) Hombre, tiene buena cara; la voy á probar. Con el permiso de ustedes. (Todos sofocan la risa.)

VICT. (Nos cogió la vez. No hay nada como un hombre decidido.)

CAR. Escucha, Hortiguita...

HORT. (Comiendo como un sabañón.) No hablarme ahora porque no puedo contestar; estoy muy atrasado. (Risas.)

CARMELA ¡No hay quien pueda con él!

RAM. (Desde dentro.) ¡Señor Andrés!...

ANT. ¿Habéis oído?

CARMELA ¿Eh?... ¡Callarse!

RAM. ¡Señora Josefa!

JOS. ¿Qué?

CARMELA Me pareció que alguien llamaba.

ANT. ¡Qué miedo!

CARMELA ¡Silencio! (Se hace un profundo silencio.)

ANDRÉS Si no ladran los perros, Carmelilla.

CARMELA Puede ser alguien conocido. (Nuevo silencio.)

RAM. (Como antes.) ¡Señor Andrés!...

HORT. (Dando un puñetazo sobre la mesa y asustando á todo el mundo. ¡El señor Cura!

CARMELA (Acudiendo á la puerta.) ¿Será verdad? ¡Callarse! (A gritos.) ¿Es usted, señor cura?

RAM. (Como antes.) Sí.

CARMELA (Abriendo la puerta.) El mismo.

ANDRÉS Menos mal.

JOS. Gracias á Dios.

(RAMÓN, que entra temblando, es muy viejecito y un cura muy simpático. Viste sotana y balandrán, se cubre con una tosca bufanda. Carmen, ayudada por Victoriano, cierra la puerta.)

RAM. ¡Dios te lo pague, hija mía! ¡Jesús!

CARMENA ¡Cómo viene!

JOS. ¡Señor Cura!

RAM. (Dejándose caer cerca de la lumbre.) Dejarme reposar un momento. Buenas noches á todos. ¡Me he perdido! ¡Qué noche, válgame Dios! No quieran saber el rato que he pasado. ¡Dios mío!

ANDRÉS Darle un vaso de vino.

JOS. Algo caliente, mejor.

RAM. Nada... no quiero nada. Lo que tomase me haría daño, mucho daño... ¡Ay, Dios mío! ¡Jesús, Jesús, Jesús!...

ANDRÉS Aviva esa lumbre, Antoñito.

RAM. Eso sí; fuego, calor; vengo aterido, yerto.

CARMELA ¿Pero usted por el campo á estas horas?

RAM. ¡Qué noche! ¡Nada, que me he perdido! Salí á media tarde de Casa Chica la del Cerro y abrumado por el cuadro de miseria que allí dejaba, me eché á andar distraído, y como están borrados los senderos, cuando hice alto para ver dónde estaba, pues resultó que no lo sabía. ¡Qué apuros, hijos míos!

CARMELA Pero escuche usted, padre Ramón, ¿es tanta la miseria que hay en Casa Chica?

RAM. No tienes idea, muchacha. Yo subí engañado. Me dijeron que el señor Cipriano estaba enfermo y acudí sin otro auxilio que el de la religión. Allí hace falta pan, ¡pan! Aque-

llos pobres niños... Si pronto no les llega un socorro... ¡No sé!... ¡No sé!

CARMELA Ahora mismo. (Tomando una cesta.) Esta cesta es buena.

ANDRES ¡Criatura!

JOS. ¡Chiquilla!

CARMELA (Llenando la cesta de provisiones.) ¡Pan! ¡Vino!... Aquí hay lomo de esta mañana...

CAR. ¿Estás loca?

ANT. ¿Vas á echarte al campo?

VICT. (A Carmen.) Trae, yo iré.

CARMELA Suelta; conozco mejor que nadie el camino.

RAM. ¡No! Ninguno de los dos.

CARMELA Pero, padre Ramón, ¿esa pobre gente?...

RAM. Sería exponer la vida inútilmente. Es mi consejo y si fuera preciso, mi mandato. Mañana con la luz del día será otro cantar. (Carmela, muy de mala gana, deja el cesto sobre la mesa.) De todos modos, Dios sabrá premiar vuestro buen deseo.

ANT. Escuche usted, señor cura. ¿Se ha encontrado usted por ahí al Pajarito?

VICT. Y dale con el Pajarito.

CARMELA No se le cae el nombre de la boca.

RAM. Pues así está todo el mundo. Dichoso Pajarito; él tiene la culpa de los malos ratos que he pasado esta noche.

ANT. ¿Lo oyen ustedes?

RAM. Claro está; durante todas las nevadas hubo siempre luces en los caseríos de Villa-Umbrales, para que pudiera orientarse el caminante, pero esta noche, cerradas están con doble tranca ventanas y puertas. Es mucho el miedo que reina en todas partes.

ANT. Y con razón.

RAM. Por eso al llegar aquí llamé con mi voz, para que me reconocieran, y le hice fiestas al Sultán para que no ladrase, porque si en el silencio de la noche ladran los perros y doy yo dos golpes de aldaba, se creen ustedes que quien llama es el Pajarito. (Dos perros ladran furiosamente.)

ANDRÉS ¡Callarse! (Se hace un profundo silencio.)

ANT. (Miedosísimo.) ¡Ay, señor Andrés!

ANDRÉS ¡Silencio! (Siguen los ladridos.)

JOS. ¿Quién será?

ANDRÉS Qué sé yo. Algo ha husmeado el Sultán.
CAR. Algún lobo.
ANDRÉS Puede que sea eso. (Suenan dos recios golpes en la puerta del fondo. Casi todos se levantan asustados.)
VICT. No era lobo.
ANT. ¡Ay, mi madre!
JOS. ¡Andrés!
ANDRÉS ¡Calma! (Nuevos golpes en la puerta.)
HORT. Caramba, no me hace esto ninguna gracia.
ANDRÉS (En voz alta.) ¡Quién llama! (Profundo silencio.)
CARMELA (En voz baja.) No responde.
ANDRÉS (Como antes.) ¿Quién va?
PAJ. (Desde dentro.) Un hombre que se ha perdío. ¡Abran, por caridad! (Todos se miran sin saber qué hacer.)
ANT. No abra usted, señor Andrés, que puede ser el Pajarito.
CARMELA ¿Y qué nos iba á robar á nosotros?
ANT. Puede venir á matarnos.
CARMELA ¡A seis hombres!
ANT. Y á sesenta también. No abra usted, por su salud.
RAM. ¿Y si es un pobre desgraciado? Informémonos antes de abrir. (Se acerca á la puerta.) ¿Qué busca, buen amigo?
PAJ. (Dentro.) Pan y fuego. Me muero de hambre y de frío.
RAM. Pero, ¿quién es usted?
PAJ. Un piconero.
RAM. (A los demás.) Dice que un piconero.
CAR. (A gritos.) ¿De qué pueblo?
PAJ. De Cáceres.
HORT. Ya lo ven ustedes, un desconocido.
CAR. Mucho ojo, señor Andrés.
ANT. Atranquemos más la puerta.
PAJ. Si hablo con cristianos, no me dejen morir aquí.
CARMELA Con cristianos habla y no ha de morirse á la puerta de mi casa en una noche como esta. (A Antonio que afianza la puerta con una tranca.) ¡Quita!
ANT. ¿Qué vas á hacer?
CARMELA ¡Abrir!
ANT. ¿Abrir? (Miedo en todos.)
CARMELA (Abriendo la puerta.) Entre usted, hermano. Aquí hay fuego y pan.

(Dando diente con diente, tambaleándose, entra en escena PAJARITO. En sus ojos se retrata el asombro y la angustia; en su cara el cansancio y la fatiga. Ve la lumbre y se deja caer en el suelo junto á ella. Más que un hombre es un guiñapo. Su calzado roto, casi deshecho, su traje andrajoso, su barba de seis días, su aspecto desmedrado y enfermizo, inspiran profunda compasión.)

PAJ. (Abandonándose á su propia fatiga.) ¡Por fin! (El triste aspecto del Pajarito convierte el miedo de todos en compasiva simpatía.)

CARMELA ¡Pobrecillo!

ANDRÉS ¡Infeliz!

ANT. ¡Coi! ¡Está dando diente con diente!

CARMELA (Ofreciendo al Pajarito un vaso de vino.) Un poco de vino. Beba, buen hombre.

PAJ. (Bebiendo con ansia.) Gracias.

ANT. (A Carabina.) No es el Pajarito, ¿verdá, padre?

CAR. ¿Qué ha de ser, muchacho? ¿Dónde están las patillas y el trabuco y el marsellés con avalorios conque le pintan?

HORT. Pues siento yo que no lo sea. Me hubiera yo ganao esta noche cinco mil pesetas.

ANDRÉS ¿Y de dónde se viene á estas horas, amigo?

PAJ. (Con fatiga al hablar; como imbécil.) De... ahí...

ANDRÉS ¿Y dónde se va?

PAJ A... a... ahí...

ANT. Pues sí que se explica.

CARMELA Pero, ¿no ven ustedes que está arrecío?... Dejen que tome alientos...

PAJ. ¡Dios se lo pague! ¿No hay un cacho de pan aunque sea duro?

CARMELA Ahí va media hogaza.

PAJ. ¡Qué buena es usted! (Come ansiosamente el pan que le da Carmen.)

ANT. ¡Coi! Padre, nuestro mastín, que es el más grande del pueblo, no engulle tan deprisa.

PAJ. El mastín de acá no se habrá pasao nunca dos días sin probar bocao.

JOS. ¿Dos días?

PAJ. Y metío en nieve hasta la rodilla, esperando á ver cuándo me comían los lobos.

ANDRÉS Pero, ¿por dónde ha andado usted?

PAJ. ¡Qué sé yo!... Por esos montes. ¿No le he dicho á usted que me he perdío?

CAR. ¿Y por dónde se perdió usted, buen amigo?

CARMELA ¡Dejarle! Esperar á que tome fuerzas. (Al Pajarito.) Tome usted, que aquí ha quedao un cacho de carne. (Le ayuda á sentarse en la mesa.)

PAJ. Gracias. ¡Qué buena eres! (Come y se va reanimando poco á poco.)

RAM. ¡Pobre hombre!

PAJ. Cada bocao que me trago... es una cosa... vamos, algo así como si me saliera er sor por dentro.

CARMELA Pues coma usted hasta que claree.

ANT. Padre, se va á comer hasta los huesos.

HORT. Usted no es der terreno, ¿verdá?

PAJ. No señó. Venía con unos carboneros. Me separé de ellos pa dirme á Portugal donde dicen que hay trabajo y me ha cogío la ventisca, allá muy arriba, entre los matorrales.

ANT ¿Y no se ha entrompezao con el Pajarito?

PAJ. (Estremeciéndose, pero reaccionando en seguida.) ¿Anda ahora por aquí el Pajarito?

VICT. Sí señor; dicen que quiere marcharse á Portugal, lo mismo que usted, solo que á ese le va á costar más trabajo el conseguirlo.

PAJ. ¿Por qué?

ANT. Porque está avisá toa la guardia civil de España pa cogerlo.

PAJ. ¿Tanta gente pa un hombre na más?

ANDRÉS Es que ese hombre vale por un regimiento, amigo.

VICT. Ya lo creo. El solo ha tenido en revolución á toda Andalucía.

CAR. Sin que nadie lo pudiera prender.

HORT. Robando á su antojo.

PAJ. (Sombrío.) Le haría falta.

ANT. Y matando á tó el que se le ponía por delante.

PAJ. ¿Quién ha dicho eso?

ANT. La gente; más de cien muertes tiene hechas.

PAJ. (Sin poderse contener.) ¡Eso no es verdá! (Asombro de todos.)

ANDRÉS ¿Eh?

RAM. ¿Cómo?...

VICT. ¿Qué?

PAJ. (Casi humildemente.) Que no es verdá eso. El Pajarito ha nacido cerca de mi pueblo, lo conozco y sé que eso no es verdá.

CARMELA ¿Que usted lo conoce?

PAJ. Sí señora; yo lo he visto dos ó tres veces.

ANT. ¿Y no es verdá que es alto y fuerte y más duro que el hierro?

PAJ. Alto y fuerte es; me lleva á mí un palmo.

CAR. ¿Y es verdá que ha tenido más de diez batallas campales contra los civiles? (El Pajarito se encoge de hombros y no contesta.)

CARMELA ¿Y es cierto que una vez robó no sé cuantas alhajas y fué luego y se las clavó en el manto á la Virgen de los Reyes?

PAJ. Toas esas son habladurías. El Pajarito es un hombre como otro cualquiera, que nació como toos nacemos pa ser hombre de bien, pa ir por el camino real; pero el viento lo empujó pa una mala verea. Culpa es del viento.

RAM. ¡Desgraciado!

PAJ. Eso, padre cura. Yo he oído decir, que los hombres semos como las hojas de los árboles. Mientras que estamos pegaos al tronco, tó está muy bien, pero cuando le decimos adiós á la rama, ca uno va donde el viento le lleva. Y hay hojas que el viento las lleva á los fangales: culpa es del viento.

CAR. Muy bien hablao.

RAM. Calle usted, tío Carabina, calle usted por Dios.

PAJ. El Pajarito roba, porque no le han dejao otra manera de viví, es valiente, porque no le importa que le maten y se atreve á to porque na le importa na. Lo que no es cierto, es que haya matao á toos los que se dice. Muertes no ha hecho más que dos y esas... (Sombrío.) ¡Bien hechas están!

RAM. ¡Ave María Purísima!

PAJ. No se asuste usted, padre cura, hay fechorías que no pueden tener en este mundo más que una pena; la vía.

RAM. Nadie puede tomarse la justicia por su mano.

PAJ. Hay veces que sí.

RAM. ¡Nunca!

PAJ. La ley está muy mal hecha, padre cura.

CAR. ¿Y usted entiende de leyes?

PAJ. Yo no sé si entiendo ó no entiendo; pero la ley está muy mal hecha.

CARMELA Siga usted, buen hombre.

PAJ. Si á mí esta mujer (Por Carmen.) no me abre

esa puerta, me muero ahí fuera como un pájaro herío. A sabé qué ley hubiera castigao esa muerte. Parte usted un corazón de una puñalá y á presidio pa toa la vida; lo parte usted á fuersa de traisiones y el muerto al hoyo. Pos no señó; pa eso está el brazo, pa castigá. Yo no defiendo al Pajarito, pero hizo bien; hizo justicia.

CARMELA Oiga usted. ¿Qué fué lo que hizo el Pajarito; usted lo sabe?

PAJ. Sé... lo que contaron en el pueblo. Na; cosas de hombres y mujeres.

CARMELA ¿Qué fué?

PAJ. Que el Pajarito estaba enamorao de verdá y ella..

CARMELA Le hizo traición ¿no?

PAJ. Y por ambición na más. Por otro queré, las traiciones tienen disculpa.

JOS. ¿Y cómo fué?

CARMELA Ya lo contará el hombre.

PAJ. Que la novia del Pajarito fué á trabajá en la cogía de la aceituna; era una buena mujé. El dueño del olivá prinsipió á engatusarla y ella... Y como el Pajarito estaba cegao, no pudo estar mucho tiempo sin verla; se le ocurrió un día llegarse hasta la finca, ná; seis leguas .. se las hizo á priesa. Y llegó y cuanho esperaba verla con las otras compañeras en el campo, se la encontró en el caserío con unos zarcillos de oro y abrazá á un hombre.

CARNELA ¡Ah! ¡Mala mujer!

PAJ. Lo del abrazo no hay que sentirlo, porque fué un bien pa tós; pa el Pajarito el primero. Se ahorró trabajo. Como los dos estaban muy cerca... bastó un golpe pa los dos.

CARMELA Muy bien hecho.

VICT. ¿Los mató á los dos?

PAJ. El también quedó allí muerto pa siempre.

CARMELA ¡Pobre hombre!

RAM. ¿Vas á compadecer á un asesino, criatura?

CARMELA Yo no digo que hiciera bien, padre Ramón, pero tiene disculpa.

HORT. Lo de siempre; el eterno romance del bandido andaluz. El Pajarito es un héroe. Nació pa hombre de bien; se ve á la legua.

PAJ. Pué usted jurarlo.

HORT. Sí; y comenzó asesinando á dos personas y terminó en salteador de caminos.

PAJ. ¿Y qué había de hacer? En el campo como en toas partes hace falta comer pa vivir. El al principio no robaba sino pa comer. No fué culpa suya si prinsipiaron á perseguirle como á una fiera. Pero así y to puede usted decir que el Pajarito no ha robao á un pobre jamás.

HORT. Sí, me sé de memoria el romance de Diego Corriente, amigo mío, pero ese romance está ya muy viejo. Su Pajarito de usted no es más que un bandido vulgar.

PAJ. El Pajarito no es más que un desgraciao; no lo olviden ustedes.

HORT. El Pajarito es un sinvergüenza, que es valiente porque no ha tropezao más que con cobardes.

PAJ. Bueno; vamos á dejarlo ya, señores.

HORT. En mi casa podía haber entrao á pedí un sorbito de agua.

ANT. O aquí en esta. Lo cojo, le doy un capón y lo meto debajo de la cama.

HORT. El Pajarito debía estar en presidio que es su sitio.

ANT. En la horca mejor.

VICT. Sabe Dios cuál sería el móvil de su primer delito. Sabe Dios si mataría á aquella infeliz por celos ó por robarla...

PAJ. (Sin poderse contener.) ¡Miente el que diga eso!

CARMELA ¿Usted qué sabe?

PAJ. ¡Lo juro por la gloria de mi madre! Ví que me engañaba... ¡Lo ví!... Por eso la maté! (Terror inmenso en todos)

CARMELA ¡Jesús! ¡El!

RAM. ¡Virgen Santísima!

HORT. Estoy perdido.

ANDRES ¡¡El Pajarito!!

PAJ. Sí; soy el Pajarito. Aquí me tienen. ¡Soy yo!

ANT. (Ocultándose tras el tío Carabina.) ¡Ay, padre! ¡Ay, señor cura!

RAM. (A Antoñito.) Anda, hombre, mételo debajo de la cama.

ANT. Estoy perdío

PAJ. (Viendo el terror en todos.) No hay que tener

miedo. Esta casa es la de esta mujei (Señalando á Carmela.) que me ha abierto su puerta y me ha dao pan y esta casa es sagrá pa mi. Yo no soy Diego Corriente, pero no he hecho nunca mal á nadieque me haiga favorecío. Son ustedes muchos y yo no tengo ni fuersas pa defenderme. Pueden ustedes delatarme. El encubri al Pajarito tiene su pena; el entregarle á la justicia vale dinero Que se lo gane el que quiera (Paúsa y silencio. Al cabo de un rato los hombres reaccionan, se aproximan y hablan en voz baja. Dentro zumba el viento.)

VICT. ¿Qué hacemos?

ANDRÉS Hay que avisar á los guardias.

CAR. ¿Y quién sale con esta noche que hace?

ANT. ¿Y si nos mata á todos?

HORT. Yo iré.

ANDRÉS Vete por la cuadra pa disimulá. (Se dirige hacia la izquierda é intenta salir.)

CARMELA (Atajándole el paso) No se canse usté, Hortiguita. De aquí no sale nadie. A ese hombre no se le delata.

ANDRÉS ¡Muchacha!

CARMELA El se ha entregao á nosotros. No vamos nosotros á entregarlo á él.

PAJ. Déjalos que me entreguen si quieren. No me defiendo. No vale la pena; llevo sufrido mucho. Mi empeño era ganar la frontera de Portugal y ver si podía embarcarme en cualquier lao pa uno de esos países donde dicen que hay trabajo. Aunque ustedes no lo crean, quería ver si era posible que fuera yo un hombre de bien toavía... Ya iba á conseguirlo, cuando me sorprendió la nevá en lo alto de la sierra. Está visto que Dios no quiere que me escape. Na, pos me atrego; no lucho más, delátenme ustedes.

CARMELA Aquí no se delata á nadie. Váyase ahora mismo. Aunque está borrá por la nieve, los árboles señalan la carretera de Purtugal. Está allá abajo, á la derecha... Son dos leguas escasas. Antes que amanezca estará usted en salvo. Tome usted esta cesta, hay comida pa varios días. Eche usted á andar al momento.

PAJ ¿Cómo te pagaré lo que haces por mí?

CARMELA No tiene usted nada que pagarme. Vamos. Que Dios le guíe. (Se dirige hacia la puerta del fondo. Ladran los perros y quedan todos de una pieza.) ¿Quién será? (Suenan diferentes golpes en la puerta del fondo.) ¡Dios mío!

JOS. ¡Quién! (Pausa.)

ANDRÉS ¿Quién llama?

GÓMEZ (Dentro.) Abra usted, abuelo. Somos nosotros.

CARMELA ¡La guardia civil! (El Pajarito tiene un gesto de rabia. Todos los personajes excepto Carmela, respiran con satisfacion.)

ANDRÉS ¡La Guardi Civil!

PAJ. (A Carmela.) ¿Ve usted como Dios no lo quiere?

HORT. Jesús; aquí va á habé una batalla campal.

PAJ. Aquí no va á haber na. No llevo más arma que este puñal. (Lo tira.) Ya estoy desarmao.

PEREA (Dentro.) Pero ¿no abren?

CARMELA ¡Va! (En voz baja.) Si alguno de ustedes delata á este hombre... que Dios le castigue en su hacienda y en sus hijos.

PAJ. Pero...

CARMELA (Al Pajarito.) ¡Serenidá... y sea lo que Dios quiera! (Abriendo la puerta.) Adelante, señores, que aquí hay fuego. (Entran Gómez y Perea.)

GÓMEZ Falta hace. ¡Virgen Santa, qué noche!

PEREA ¡Josús! ¡Mi Málaga de mi arma!

CARMELA Vengan acá que van á hervir.

PEREA Ni friyéndome entro yo ahora en calor.

CARMELA ¡Bien les da á ustedes que hacer el Pajarito!

RAM. (¿Qué dice?)

GÓMEZ ¡Condenao Pajarito! Anda que si yo le atrapara me las iba á pagar toas juntas. Pero parece que se le traga la tierra.

CARMELA Pues no debe estar muy lejos. Yo creo que no le buscan ustedes bien.

PEREA Hombre; eso me fartaba que oir.

GÓMEZ (Mirando á la mesa.) ¡Hola! Se ha cenado ¿eh?

CARMELA Y fuerte. Pero algo ha quedao pa ustedes.

GÓMEZ Se agradece.

PEREA Y que á juzgar por el personal ha debido haber buena cuchipanda.

VICT. Hombre, es la noche vieja y había que celebrarla con los amigos.

GÓMEZ Es verdá... Pero ahora veo... (Fijándose en el Pajarito.) que no hay amigos solamente;

hay también desconocidos. (Todos ocultan su temor.)

CARMELA ¿Lo dice usted por ese hombre?

GÓMEZ Sí; ¿quién es?

CARMELA ¿No lo han conocido ustedes? (Con cierta guasa.) El Pajarito.

GÓMEZ Vamos, déjate de bromas, muchacha.

PEREA Tiene razón el cabo.

GÓMEZ No es que nosotros sospechemos de ustedes, pero en estos tiempos hay que saber quién es todo el mundo.

CARMELA (Con la mayor naturalidad.) Es uno que viene de Casa Chica la del Cerro, en busca de provisiones. No hay cuidao; yo le conozco.

GÓMEZ ¿El pariente que estaban aguardando?

CARMELA Cabal. Con nieve hasta los ojos ha venío. Dice que si aquella gente no come esta noche se muere de hambre.

GÓMEZ Ya lo creo. Como que esta mañana pasamos nosotros por allí, y que diga Perea, se nos sartaron las lágrimas.

PEREA Sí, señó, y se nos helaron luego. Es un cuadro de miseria...

CARMELA Pero esta noche comen, porque este hombre jugándose la vida, sale para allá ahora mismo.

GÓMEZ Es una buena acción.

CARMELA (Al Pajarito.) ¿No tiene usted miedo?

PAJ. Yo no le tengo miedo á ná.

CARMELA Pues andando. Tome usted el canasto y... que Dios vaya con usted.

PAJ. (Despidiéndose.) Salú.

TODOS Adiós. Buenas noches.

GÓMEZ Buena suerte.

CARMELA (En voz baja, junto á la puerta del foro.) Ya sabe, abajo, á la derecha está el camino. En dos horas puede usted ganar la frontera.

PAJ. Pero esa casa en que hay hambre... ¿aónde está?

CARMELA Esa está por el otro lado; allá arriba siguiendo la senda que sube...

PAJ. ¿Y cuánto se tardará en llegá á ella?

CARMELA Más de una hora. ¿Va usted á ir?

PAJ. Venga la comida. Esa gente cenará esta noche.

CARMELA (Abriendo la puerta.) ¿Y usted?

PAJ. ¿Yo?... yo... ¡Lo que Dios quiera!

CARMELA (Asombrada.) ¿Será verdad que usted ha nacido para ser bueno?...

PAJ. (Conmovido.) Güena... güena usted. ¡Si hay Dios en el cielo, que yo creo que lo hay, tiene que pagarle alguna vez lo que ha hecho por mí!

CARMELA ¡Dios le guíe, buen hombre! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma gañanía de la misma casa de labor veinte años después.

Por paredes, puertas, muebles y aperos han resbalado muchos días de miseria. Todo es pobre, viejo y triste. En la decoración del primer acto no había más tristeza que la de la noche; en este segundo no hay más alegría que la del sol, que hasta parece menos alegre porque ilumina un cuadro de intensa amargura.

—

(Al levantarse el telón están en escena CARMELA, CARMELILLA, CARABINA y ANTOÑITO. Carmelilla es una chicuela como de diez años. Antoñito es ya un hombre de facciones duras, más duras aún por llevar una semana sin afeitarse. Carabina está muy viejo, viejísimo y casi ciego.)

ANT. (De pie, muy exaltado.) Yo lo que digo es, que el mundo está muy mal arreglao.

CARMELA Calla, Antonio, calla.

ANT. ¡No, señor! ¿Quién es el amo pa echarnos á nosotros á la calle? ¡Nadie! Lo dice el cabo Antonio Trebujena. Esta finca la ha llevao en arriendo sesenta años el abuelo Andrés que esté en gloria y veinte años tú, que son ochenta años de paga religiosa; eso es. Y ahora, porque tóo se ha torcío y han venío calamidades y malas cosechas y debes la renta de tres años, ¿te van á poner en mitá de la carretera? ¡No pué ser! A mí en la milicia me dieron un traje y cuando cumplí me lo llevé porque era mío, porque tenía el

sudó de mi cuerpo. ¿Y estas *paredes*, esta tierra, sudá por tós, no va á tené na de nosotros? De quien no tié na es del amo.

CARMELA Así debía ser.

ANT. Pero, señor; si las amas de cría... y esto lo sé yo por las novias que he tenío en la milicia, son talmente las amas de las casas porque les dan su jugo á los críos, ¿cómo no vamos á ser nosotros los amos de esta tierra habiéndoles dao nuestro sudó y nuestras fatigas ochenta años? ¡Vamos, que no! Que esta tierra á fuerza de pisarla nosotros, tiene más de nuestros piés que de ella misma. Y esto lo dice el cabo Antonio Trebujena.

CARMELA Pues con todo y con eso, Antoñillo, vendrá la justisia esta tarde y saldremos de aquí para no volver más. Así es la vida. Y conste que no es por mí por quien lo siento. Un pedazo de pan para mi hija sabré yo ganarlo en cualquier parte. Lo siento por tu padre y por ti y por los que han estao en esta casa hasta última hora.

ANT. Pues por mí ya te pués tú reir.

CAR. Y por mí tampoco te apures, Carmelilla. Dios me abrirá puertas. Medio ciego estoy y no sirvo ya pa maldita la cosa, pero estoy tranquilo. (Comiéndose las lágrimas.) Los pájaros nacen y Dios los cudia, y cuando es preciso hace que el viento tronche una rama, pa que llegue mejó al nido un rayito de sol.

ANT. Y sobre to que estoy yo aquí, padre, y el mundo es mío. Aonde yo me presente á pedí trabajo se pone la gente de pie. Porque hago yo así... (Saca dos cruces rojas que tendrá en la faja muy liaditas en un papel.) y me las pongo y digo... A ver si hay aquí trabajo pa Antoñillo Trebujena, pa uno que era cabo del escuadrón de Alfonso XII cuando la carga de Tardix, pa un... cobardón que le ganó á su bandera la Corbata de San Fernando... y güeno, se quitan el sombrero... y me convidan, eso es.

CARMELA (Suspirando.) Sea lo que Dios quiera.

CAR. La verdá es que desde hace veinte años parece que una condenación ha caído sobre esta casa. ¡Maldecío Pajarito!

ANT. Sí, señó; ese tuvo la curpa de tó.

CARMELA ¡Qué tendrá que ver una cosa con otra!

CAR. ¿Vas á decir que no? Desde aquella noche, que por haberlo tú salvao nos prendieron á tós, principiaron á llové calamidades sobre nosotros.

ANT. La fija.

CARMELA No digas eso.

CAR. Por el Pajarito murió en la carcel el señor Andrés y un año estuviste tú enserrá y te olvidó el hombre que te quería, y luego otro al verte desampará... abusó de ti y... ahí está esa hija sin padre.

CARMELA ¡Calle usté, tío Carabina!

CAR. ¡Quién había de pensar que aquella buena acción que tú hiciste había de traernos tantas amarguras!

CARMELA Estaría de Dios: pero yo no me arrepiento de lo que hice.

CAR. Ya lo sé; y si otra vez se te presentara la ocasión harías lo mismo. Las mujeres de esta tierra seis tóas así. No las hizo Dios de una costilla del hombre, sino de una costilla suya; de la más arrimaíta al corasón.

ANT. (Entusiasmado.) Eso es verdá. De todas las novias que yo he tenío en la milisia, tuve una de acá, de nuestro terreno, y ¡vaya unos redaños de mujer! Ama de cría era, y pa ella no había más que dos cosas en el mundo, su crío y su cabo Trebujena. Hasta carsetines de seda le quitó al señorito pa adornar mi persona. Bueno, había que verme á mí también, ¿eh? porque así no tiene uno presencia, pero yo, con mi sable y mi chacot y mis espuelas y mis gorpes coloraos aquí... (Por los galones.) y aquí. (Por las cruces.) Vamos, que parecía yo hasta más alto. Y aluego la historia de la valentía, que eso con las mujeres hace también mucho.

ANDREA (Un poco cansada.) ¡Ay! ¡Buenas tardes!

ANT. Buenas tardes.

ANDREA (A Carmela.) Hola, hija.

CARMELA Venga usted con Dios, señora Andrea.

ANDREA ¡Ay! Déjame sentar, que vengo reventaíta. (Se sienta. Por Carmelilla.) ¿Y ese pimpollo?

CARMELA (Acariciando á Carmelilla.) Cosida á mi falda

como siempre. No hay quien la separe de mi lao.

ANDREA Lo mismo que me pasa á mí con mis nietos, hija mía. Cuidao que yo he criao á mis hijos así de derechos, pero ahora las estoy pagando toas juntas. A los arrastraos niños les ha dao por coger suspiros y campanillas y ensartarlos en un cabello y se pasan el día: «Abuela, un pelo... Abuela, otro pelo.» Me están dejando el moño que ya no es moño; es una coleta. Pero, ¿quién tiene corazón para decirles que no?

CAR. ¡Claro!

CARMELA (Á Carmelilla.) Anda, toma la muñeca y vete á jugar por ahí, mujer. (Le da una muñeca muy bonita.)

ANDREA (Por la muñeca.) ¿Eh? ¿Qué muñeca es esa, chiquilla? Déjamela ver.

CARMELA (Á Carmelilla.) Anda, enséñasela á la señora Andrea; no seas arisca. (Carmelilla obedece.)

ANDREA ¡Jesús! ¡Qué cosa tan bonita! ¡Y qué traje tan majo! Tiene sus zapatos y sus medias.

NIÑA Y cierra los ojos: mira.

ANDREA ¡Que es verdá que los cierra! ¡Vaya un primor! Pero ¿quién te ha regalao esto, muchacha?

NIÑA El señor Esteban.

ANDREA (Á Carmela.) ¿Quién es el señor Esteban, tú?

CARMELA No lo sé. Me figuro que será algún colono ó algún propietario de los de por aquí, á quien esta le ha caído en gracia.

ANDREA ¡Mira qué suerte!

CARMELA Dos veces dice ella que le ha visto y las dos veces le ha hecho mimos y carantoñas. Ayer dice que le encontró en la carretera y fué y le regaló esa muñeca.

ANDREA ¡Don Esteban!... Pues no caigo yo quién será.

CARMELA Ni yo tampoco.

ANT. Como que un regalo prepara los terrenos que hay que ver. Hice yo una conquista en Jerez de la Frontera cuando estaba allí mi regimiento...

ANDREA Mira, cabo Trebujena, has el favor de callarte, que aquí tenemos cosas más serias que hablar.

ANT. (Quemado.) Hombre, no creo yo haber faltao.

ANDREA Nada de eso; pero te pones muy pesaíto hablando de tus conquistas y de tus cruces y de la carga.

ANT. ¡Bueno está!

ANDREA Y vamos al aquel de mi visita. ¿Es hoy cuando viene la justicia á ponerte en la carretera?

CARMELA Hoy es.

CAR. Estarán al llegar.

ANDREA Bueno, pues mira: nosotros hemos acordao que tan y mientras que no encuentres acomodo por ahí, te vengas con nosotros á Casa Chica la del Cerro. Donde comen seis, pueden comer ocho; comerán menos, pero comen.

CARMELA (Conmovida.) Gracias, señora Andrea, lo acepto con toda el alma. No puede usté figurarse cuánto se lo agradezco.

ANDREA A nosotros no nos tienes que agradecer ná. Nosotros no podemos olvidarnos nunca de los favores que nos han hecho en esta casa. Cuando ustedes eran ricos y nosotros pobres, fueron ustedes como unos padres pa nosotros: ahora que estamos tós lo mismo... seamos hermanos.

CAR. (Secándose las lágrimas.) (¡De una costilla del mismo Dios!)

CARMELA Gracias, señora Andrea.

ANDREA (Limpiándose también los ojos.) Aquel canasto de comida que tú nos mandaste aquella noche, cuando llevábamos dos días sin comer y estábamos bloqueados por la nieve... te lo tenemos que pagar ahora, Carmelilla.

CARMELA A mí no. A quien lo llevó en último caso.

ANDREA Pa el que lo llevó tengo yo un Padre nuestro tós los días. Muchos años han pasao y no se me ha olvidao á mí aquél hombre.

CAR. (Ni á nosotros tampoco, por nuestra desgracia.)

ANDREA (Levantándose.) Bueno, ea, anda. Vámonos.

CARMELA ¿Ya?

ANDREA Claro.

CARMELA No; aguarde usté.

ANDREA ¿A qué aguardar? ¿Qué vas á conseguir con esperar á esos hombres? Vente conmigo ahí

al lao, á casa de Pedrucho. Cuando la justicia haiga hecho esa injusticia de sacarte los muebles ahí fuera, entre los míos y los de acá los subiremos á Casa Chica, y no hay que pensar más en el asunto.

CARMELA ¡Es que salir yo de aquí!...

ANDREA ¡Vamos, Carmela!...

CARMELA ¡Comprenda usté que no pué ser! ¡Que dejo aquí!...

ANDREA (Por la niña.) Por ella, Carmelilla, no la apures... Vamos.

CARMELA (Procurando serenarse.) Tiene usté razón. Vamos. (Mira á Carabina y á Antonio que á su vez la miran sin querer mirarla y sin poder articular una palabra de despedida, hace mutis por el fondo.)

ANDREA (Á Carmelita.) Anda, hija, anda.

NIÑA (A Andrea al hacer mutis.) Señora Andrea, no me quitarán la muñeca, ¿verdá?

ANDREA No, hija mía. (Se van.)

ANT. (Secándose las lágrimas á puñetazos.) Es que... vamos, hay cosas que... No digo el cabo Trebujena: aquí llora hasta el cabo Trasfalgar...

JUAN (Por el fondo. Es un muchachote como de veinte años.) Ahí están ya, tú.

ANT. ¿Quién viene?

JUAN El señor Damián el alguacil, ese chupatinta que le dicen don Romerito y otro tío que yo no sé quién es.

ANT. Pues como alguno se deslice, van á saber quién es el cabo Trebujena.

CAR. Ten cudiao, Antoñito; con la justicia siempre lleva uno las de perder.

ANT. Bueno, pero por lo menos que sepan con quién van á tratar. (Se pone un mugriento gorro de soldado que habrá por allí. Saca las dos cruces y se las cuelga en el pecho adoptando una postura valiente.) Mieo no les daré, pero respeto pué que haiga.

(Por la puerta del foro entran en escena DAMIÁN, viejo alguacil, DON ROMERITO, cagatintas de mediana estatura y mediana ropa y MIGUEL, hombre joven y bien portado.)

CAR. (Viéndoles entrar.) Válgame Dios.

MIG. Muy buenas tardes. (Nadie contesta.)

ROM. Cómo se conoce que es usted nuevo, señor escribano. Saluda usted al entrar. Cuando

se viene á diligencias de esta naturaleza, es vano saludar; no encontrará usted nunca quien le conteste.

ANT. ¿Qué se ofrece?

ROM. (Por Antonio.) ¡Narváez! (Ríen. Antonio les mira con las del beri.)

MIG. (Con cierto embarazo.) Bueno, señores, ya supondrán ustedes á lo que venimos... (Nadie contesta.) Yo lo siento muchísimo, pero... vamos, nosotros no somos más que los ejecutores de una sentencia.

ANT. Eso mismo es el verdugo.

MIG. Hombre, permítame que le diga...

ROM. (Terciando.) ¿Pero se va usted á enredar en una discusión?...

MIG. Dice usted bien. No estoy en caja. Es la primera vez que asisto á una diligencia de lanzamiento, y lo confieso, me molesta, me duele...

ROM. Ya se acostumbrará usted.

ANT. Sí, hombre: ya se le pondrán á usted las tripas negras como las tiene ese señor.

ROM. ¡Oiga usted, amigo!...

CAR. ¡Antoñito!...

ANT. La primera ves que entré yo en fuego me temblaron las piernas, pero luego... (Por las cruces.) aquí están estas que lo digan. Y en la carga de Tardix hice yo lo mío. Ya comprenderán ustedes lo que quiero decir.

ROM. Como usted no se explique...

ANT. Pues quiero decir que como el cabo Trebujena se imagine que tiene delante á tres moros se va á ganá otra cruz.

CAR. (Severo.) Tú te callas, Antonio.

ROM. Eso será lo mejor. Conque usté dirá por dónde empezamos.

MIG. Por donde se acabe más pronto.

ROM. Donde haya más bártulos.

ANT. Pos vayan á la cuadra y van ustedes bien.

CAR. Vé tú con ellos, Antonio; ve tú también, Juan; yo no tengo fuerzas para ver eso. (Hacen mutis Miguel, don Romerito, Damián y Juan.)

ANT. (Haciendo mutis.) ¡Maldito sea!... Alguno de esos se va á sonreir y como se sonrían ná más... vamos á ver lo que hace el cabo Trebujena. (Entran en la cuadra. El tío Carabina, ape-

nadísimo, se deja caer en un rincón y oculta la cabeza entre las manos. En este momento aparece en la puerta del fondo el PAJARITO. El Pajarito se detiene en el umbral, receloso, indeciso. Los veinte años transcurridos han dejado en su pelo muchas huellas blancas. Trae la cara curtida por el sol. Aunque en campero, viene muy bien vestido y muy bien alhajado.)

PAJ. (Mirando hacia el campo.) Ya va lejos. Ahora puedo entrar. (Y entra, y como evocando su entrada en el primer acto, se dirige á la chimenea primero, á la mesa después, etc., etc.) ¡Tó está lo mismo! ¡Qué ansia tenía yo de respirar este aire otra vez! (Se oyen unos sollozos del tío Carabina.) ¿Eh? (Viendo al pobre viejo.) ¿Un hombre llorando? (Da un paso y tropieza con cualquier objeto, y produce un ligero ruido.)

CAR. (Limpiándose los ojos.) ¿Quién va? (El Pajarito se dispone á marcharse.) ¿Quién va, digo?

PAJ. Un hombre.

CAR. (Ya de pie.) ¿Pero quién es?

PAJ. (Indeciso.) Un amigo. ¿No lo está viendo?

CAR. Perdone usté, pero estoy casi ciego.

PAJ. (Más tranquilo.) ¡Vaya por Dios! (Y sigue mirándolo todo, escudriñándolo todo.)

CAR. ¿Busca usté al ama?

PAJ. (Sin mirarle.) Sí.

CAR. La pobre ya se fué.

PAJ. (Encogiéndose de hombros y entregado como siempre á sus recuerdos.) ¡Bueno!...

CAR. ¡Ya se fué... y pa siempre!

PAJ. (Volviendo á la realidad.) ¿Eh? ¿Cómo pa siempre?... ¿Qué está usté diciendo?

CAR. Pero...

PAJ. ¿Qué pasa aquí?

CAR. ¿Es usté un amigo y no lo sabe?

PAJ. Yo no sé ná. Falto de Villa-Umbrales hace muchísimos años. ¡Qué voy yo á sabé!

CAR. ¿Quién es usté?

PAJ. ¿Otra vez? Un hombre que se interesa por esta casa. Cuénteme usté lo que pasa en ella.

CAR. Es una historia muy triste.

PAJ. Lo que sea, pero hable usté por su salú.

CAR. Pues pasa que desde hace muchos años no se conoce un día de felicidad. ¡Mardecío Pajarito!

PAJ. (Volviendo la cara.) Sin maldecir, abuelo.
CAR. ¿Eh?
PAJ. Digo que sin maldecir.
CAR. Es que yo tengo que maldecir á ese hombre.
PAJ. ¿Por qué?
CAR. Porque de él arrancan toas nuestras desgracias.
PAJ. ¿Es de veras eso?
CAR. Por haberlo salvao el ama una noche condená, fuimos toos á la cárcel como encubridores.
PAJ. ¡Ella en la cárcel!
CAR. Y desde aquella noche no ha vuelto á salir el sol pa nosotros.
PAJ. (¡En la cárcel!)
CAR. ¿Se acuerda usté del abuelo Andrés?
PAJ. (Indeciso.) Sí.
CAR. Pues en la cárcel murió. Y al salir de ella murió la abuela igualmente. Quedó Carmela sola en el mundo. Hasta un novio que tenía la dejó plantá.
PAJ. Pero ella, luego, se casó con otro, ¿no?
CAR. (Vacilando.) Ella...
PAJ. ¿No tiene una hija?
CAR. (Turbado.) Esa niña... nació después.
PAJ. Siquiera ha tenido ese consuelo.
CAR. ¡Consuelo! Desde que esa niña vino al mundo parece que trajo más desgracia; se consumieron los cuatro chavos que dejó el abuelo Andrés, y así, de golpe en golpe, hemos venío á parar á la miseria. ¿Y quiere usté que yo no maldiga al Pajarito?
PAJ. Maldiga usté lo que guste, abuelo, que tiene usté razón. ¡De manera que mientras ella iba á la cárcel y lo perdía tó, el otro, el sal vao por ella, andaba libre y podía trabajar y hasta hacerse hombre de bien. (Mirando al cielo.) ¡Si ese es el pago de los buenos, qué va á quedá pa los criminales!
CAR. Eso digo yo.
PAJ. Dice usté bien, abuelo... ¡mardecío Pajarito!
CAR. Pues ya usté ve; á pesar de tó, el ama es la única que no lo maldice.
PAJ. (Asombrado.) ¿No lo maldice?
CAR. Es mucho corasón el suyo.

PAJ. La vida daría yo por verla feliz.

CAR. Ya eso no pué sé. Pa el ama se ha terminao tó al echarla de esta casa.

PAJ. ¿Pero quién se atreve á cometer ese crimen?

CAR. ¿Quién ha de ser? El Juzgao. ¿No lo vió usté al entrar?

PAJ. ¿Cree usté que si yo le hubiera visto, lo hubiera consentío? ¿Dónde está ese Juzgao?

CAR. (Por la puerta de la izquierda.) Ahí dentro.

PAJ. ¿Son hombres, no?

CAR. Hombres son.

PAJ. ¡Entonces!...

CAR. (Oyendo hablar en la puerta citada.) Ahí los tiene usté.

PAJ. (Reprimiendo su primer ímpetu.) (Calma, Esteban. No tires á la calle veinte años de hombría de bien.) (Entran en escena primero MIGUEL y ROMERITO, luego DAMIÁN y por último ANTONIO y JUANILLO.)

ROM. (Muy azufrado y con una mano en la mejilla derecha.) ¡Es que me ha dado una bofetada don Miguel!

MIG. Ya le dije que no estaba el horno para bollos.

ROM. Ni yo estoy para tortas.

MIG. Cállese; será lo mejor. Termine esa nota. (Romerito escribe de muy mala gana.)

DAM. (A Miguel.) Tome usté la llave de la cuadra.

MIG. ¿Queda bien cerrada?

DAM. Sí, señor.

JUAN (Á Antoñito, que viene más gallardo que nunca.) ¡Chavó, qué guantá le has dao!

ANT. (Despectivo.) ¡Pchs, mediana!

JUAN Pero, ¿qué te llamó, tú?

ANT. Cirineo.

JUAN ¿Y que es eso?

ANT. Qué sé yo; pero por si acaso...

ROM. (Terminando de escribir.) Listo. Seguiremos por esa vivienda, ¿no?

MIG. Bueno.

ROM. Poco hay aquí que poner en la calle. Cuatro trastos.

PAJ. Cuatro trastos y un hombre. (Asombro en todos.) Sólo que hay que empezar por el hombre.

MIG. (¡Válgame Dios!)

JUAN (Á Antoñito.) ¿Quién es, tú?

ANT. No sé.

MIG. Mire usté, amigo; nosotros estamos ultimando una diligencia harto penosa. Yo le suplico encarecidamente y en el terreno más amistoso, que nos deje cumplir con nuestra obligación.

PAJ. Y yo le suplico á usté en todos los terrenos que no ponga mano sobre ná de lo que hay aquí, porque estos muebles que pa usté son trastos, son pa mí como cosa sagrá.

ROM. Nosotros no podemos parar la diligencia.

PAJ. Yo sí; no será la primera que he parao en este mundo.

ANT. ¡Ole!

JUAN ¡Así se habla!

PAJ. Conque por ahí se va á la carretera.

ROM. (A mí no me dan la segunda.) (Se dispone á hacer mutis.)

MIG. (Muy en hombre, al Pajarito.) No es con valentía con lo que puede detenerse un lanzamiento judicial, sino con dinero.

PAJ. ¿Pero es dinero lo que hace falta? Por ahí podía usté haber empezao. (Tirando de cartera.) ¿Cuánto se necesita?

MIG. El importe del principal y de las costas.

PAJ. Yo digo en billetes.

ROM. Tres años de renta á dos mil pesetas y unas quinientas de costas.

PAJ. (Dándole á Miguel unos billetes.) A ver si es eso.

CAR. (Boquiabierto.) ¡Ha pagao!

JUAN ¡Virgen del Carmen!

ANT. ¡Jesús! Corre, avisa al ama. En casa de Perucho está. Corre.

(Hace mutis Juanillo por el fondo á carrera abierta.)

MIG. (Guardando los billetes, después de haberlos contado.) Está bien. (Á Romerito.) Hay que extender la oportuna diligencia.

PAJ. Eso lo hará usté en el pueblo.

MIG. Es que tiene usté que firmar.

PAJ. No sé.

MIG. ¿Ni quiere usté un recibo de la cantidad?...

PAJ. ¿No son ustedes de la justicia? ¿De quién se va uno á fiar mejor?

MIG. Como usté guste. Se hará á nombre de la interesada. (A los demás.) Hemos terminado.

Celebro que haya sido de esta manera. Buenas tardes.

DAM. Salud.

PAJ. ¡Salú!... (Se van por el fondo Miguel, Damián y don Romerito.)

CAR. (Aparte á Antonio.) ¿Quién es ese hombre que ha pagao, Antonio?

ANT. No sé.

PAJ. Quedarse con Dios.

CAR. Pero, ¿se va usté?

ANT. ¿Que se va usté á ir?

CAR. ¿Sin que yo le bese á usté las manos?

ANT. Aguarde usté á que venga el ama.

PAJ. ¡No!

ANT. Pero...

PAJ. Decirle cuando venga... ¡No!... No decirle ná. Salú. (En el momento de salir se encuentra con CARMELILLA, que llega corriendo.) ¡Chiquilla!

NIÑA ¡Señor Esteban!...

ANT. (¡Señor Esteban!...) (A Carmelilla.) ¿Y tu madre?

NIÑA Ahí viene.

PAJ. (Mirando hacia el campo.) ¡Ella!... (Indeciso.) Hay otra puerta... Sí. Quedar con Dios. (Hace mutis por la puerta de la izquierda.)

ANT. (Mirando hacia el campo.) ¡Josú, el ama cómo viene, padre! Parece que ni pone los pies en er suelo. (Por la puerta del fondo entra en escena CARMELA, agitada, emocionadísima. Después JUAN y luego ANDREA, sudando, con la lengua fuera.)

CARMELA ¿Qué es esto, Antonio? ¿Qué es lo que ha ido Juan á contarme?

JUAN Dile tú que es verdá, que á mí no quiere creerme. Dígaselo usté, tío Carabina.

ANT. ¡Sí! Es verdad.

CAR. ¡Es verdá, Carmelilla, es verdá!

CARMELA Pero entonces... es un milagro.

CAR. ¡Eso, un milagro, un milagro!

CARMELA Pero ese hombre que me devuelve mi tranquilidad y mi casa... ¿Quién es?...

ANT. El señor Esteban. ¿Verdad, Carmelilla?

NIÑA Sí.

CARMELA ¿Dónde está?... ¿Dónde está ese hombre?

CAR. Se fué. Cuando vió que tú venías echó á correr.

CARMELA ¿No quiere verme?

ANDREA ¿Quién será, Carmela?

CARMELA ¡Ese hombre! ¡Ese hombre! Ya sé quién es.

CAR. ¿Tú?

CARMELA Sí. ¡El Pajarito!

ANDREA ¿Estás loca?

CAR. ¡Quita, mujer!

ANT. ¿El Pajarito?

CARMELA El Pajarito está aquí, es él; me lo dice tó mi cuerpo. ¿Dónde está ese hombre?

CAR. Cualquiera lo encuentra. ¿No te digo que echó á correr?

CARMELA Pero, ¿por dónde se fué?

CAR. Por ahí, por la puerta de la cuadra.

ANT. Pues lo tenemos cogío.

CARMELA ¿Cómo?

ANT. El Juzgao, después de lo de mi guantá, cerró la puerta con llave.

CARMELA ¿Está ahí?... Tiene que ser él, ¡no puede ser otro! ¡Señor Esteban! ¡Señor Esteban! (Silencio.)

ANDREA ¡No quiere salir!

ANT. ¡No contesta!

CARMELA (Desde la puerta.) ¡Salga usted, señor Esteban! (Pausa. Viendo salir al Pajarito.) ¡¡El!!

ANDREA ¿El Pajarito?

CAR. (A Antonio.) ¿Es él?

ANT. ¿Es él?

CARMELA (A los demás.) Sí. Dejarme; tengo que hablar con este hombre.

PAJ. ¡Dios lo ha querido!

ANDREA ¡Carmelilla!

CAR. ¡El Pajarito!

ANT. (Haciendo mutis con Andrea y Carabina por el foro.) ¡El mieo que pasé yo aquella noche, y lo que voy á gosá cuando sepa que soy el cabo Trebujena!

CARMELA Sèñor Esteban. (Pausa.) Un poco ha tardao usted en venir á traerme la contestación.

PAJ. ¿La contestación? (Con extrañeza.)

CARMELA Ya hace unos cuantos años que salió usted por esa puerta, llevando comida pa unos pobrecitos que tenían hambre y á no ser por esa mujer que acaba de salir, aún no sabría yo á estas horas si aquellos desgraciados se salvaron ó no.

PAJ. Se salvaron porque usted miraba por ellos.

Quien tiene á su lao al Angel de la Guarda se salva siempre.

CARMELA ¿Quién es aquí el Angel de la Guarda, usted ó yo?

PAJ. ¡Carmela, yo! No me avergüence usted. Yo tengo con esta casa una deuda muy grande. Mi acción no tiene más que un mérito. Y es que ese dinero... ¡se lo juro! Está bien ganao.

CARMELA (Con entereza.) ¡Lo sé!

PAJ. (Sorprendido.) ¿Que lo sabe usted?

CARMELA Cuando le abrí esa puerta sabía que el que salía por ella iba á ser un hombre de bien.

PAJ. Así ha sido. (Pausa.) Y adiós, Carmela. Ya le he dicho lo que yo quería que supiera; que he sido un hombre de bien, que puede usted estar contenta de su obra; (Pausa.) pa qué hablar de lo demás... Veinte años trabajando por tierras del Brasil, con un sol, que mientras más me quemaba la piel y me encendía la sangre, más creía yo que me saneaba en mi interior. Y cuando por las noches volvía á mi choza, me decía: «Si aquella mujer te viera, no se arrepentiría de lo que hizo por ti. (Carmela llora.) He trabajado mucho. Quise ser rico y lo fuí. Me figuraba... ¡Ya ve usted qué ilusión! Que yo podría ofrecerla alguna vez mis riquezas. Porque sólo entregándoselas á usted, vería yo compensados tantos años de trabajo.

CARMELA (Conmovida.) ¡Señor Esteban!

PAJ. Carmela, ¿me deja usted que la llame así?

CARMELA ¿Por qué no?

PAJ. Carmela, en veinte años no he dejado de pensar en aquella noche.

CARMELA ¡También yo!

PAJ. El calor de la lumbre que como una Santa me ofreció usted, lo siento toavía en el corazón.

CARMELA Dios lo trajo á usted de su mano.

PAJ. ¡Y usted estuvo en la cárcel!...

CARMELA Lo que hice por usted entonces es menos de lo que usted ha hecho por mí ahora. Estoy bien pagada.

PAJ. ¡No! Toa la sangre de mis venas no sería bastante para pagarla. Porque usted ha sío mi sostén en la lucha, y mi compañera en

el descanso. Y si alguna vez me he sentío sin fuerzas; achicharrao, desfallecío, pa no caerme á peazos tenía que pensar en usted y decirme: sigue, sigue trabajando, Pajarito, que Carmela no te ha debido perdonar todavía.

CARMELA (Casi llorando.) ¡Esteban!...

PAJ. Yo no he tenío en tantos años otro deseo que el de entrar de nuevo en esta casa; volver á verla á usted en este mismo sitio... He vuelto, y huyendo de usted, he rondao su casa como un malhechor, como si aún fuera yo el Pajarito, consolándome con dar un beso á esa niña que es un pedazo de usted. Dios me ha traído aquí hoy... He conseguido mi sueño; la he visto. Ya tengo bastante pa seguir viviendo con su recuerdo. Ahora... adiós.

CARMELA ¡Señor Esteban!

PAJ. Debo marcharme. Yo soy quien soy y usted es una mujer de bien, que vive con su hija, tal vez llorando la pérdida de un buen marido. Más vale que me vaya y que respete su tranquilidad. Pero no olvide que para el Pajarito la única felicidad que pué haber en el mundo es hacer por usted todo el bien que merece... Y adiós, Carmela. ¡Adiós pa siempre!

CARMELA No, no se irá sin que yo le diga lo que debo decirle. La lealtad con que usted me ha hablao, exige que yo le pague en la misma moneda. Sepa usted la verdad. Un hombre me engañó primero y me abandonó después.

PAJ. ¿Es posible?

CARMELA Esa niña no tiene padre.

PAJ. ¡No diga usted eso mientras viva yo!

CARMELA ¿Eh?

PAJ. Cuanto yo tengo será para esa niña.

CARMELA ¡Señor Esteban!

PAJ. Pa argo bueno tenía que serví too lo que yo he trabajao en este mundo. (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
El contrabando, sainete. (Novena edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Quinta edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa.
Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.
A prima fija, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Gay.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir á tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música dei maestro Rafael Calleja.

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto.

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos.

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de virtudes, comedia en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El Pajarito, comedia en dos actos.

Precio: 1,50 pesetas